

MARÍA DEL CONSUELO

ALBERTO LEDUC

Presentación, edición y notas

José de Jesús Arenas Ruiz

—La parálisis —dijo el doctor metiendo sus dedos afilados entre las sortijas de su cabellera luenga que le caía sobre la solapa del levitón abotonado al cuello—, la parálisis, señor licenciado, consiste en la disminución o abolición de la fuerza motriz voluntaria o involuntaria.

”Dicha abolición de motricidad —continuó el doctor fijando las miradas en una magnífica copia del ángelus de Millet, que pendía sobre el escritorio del despacho—, dicha abolición de motricidad se manifiesta en la vida orgánica o animal por la cesación completa de la contracción de los músculos.

”El caso de Consuelito llámase paraplejia o sea parálisis que afecta los dos miembros inferiores. Toda afección cuyo centro reside en los centros nerviosos, puede determinar la parálisis de los órganos en la parte lesionada.”

Y el doctor, tomando distraídamente del pupitre la cuchilla de oro con la cual el licenciado abría sus cartas, púsose a admirar el diminuto bajo relieve que representaba el puño.

—¡Magnífica obra de arte!, ¡admirable, licenciado! Preciosa miniatura de Proserpina arrebatada por Plutón cerca de las fuentes de Cyanea en el valle Enna, ¿y el reverso?, ¡sorprendente! Carón navegando con su tripulación de almas en Estigia pequeñísima...

”Sí, licenciado; quizás el clima tropical de nuestras costas sea la salvación de Consuelito; quizás un año de residencia en algún puerto, devuelva el movimiento a los músculos paralizados de su tronco inferior.”

Y dirigiéndose a la puerta del despacho para salir por el salón, se detuvo aún cerca de un fragmento de Propileas.

—Pero licenciado, ¡vuestro despacho es un museo! Ictino y Mnesicles hubieran admirado al artista moderno que copió la arquitectura de su Acrópolis en este delicadísimo bronce...

”Licenciado, creedme; sólo en una playa podrá curarse vuestra hija; enviadla, enviadla cuanto antes a saturarse de brisa marina, si queréis conservarla algunos años más.”

Y deslizándose casi con las puntas de los pies sobre la alfombra del salón, desapareció el galeno, dejando mudo e inmóvil al anciano encorvado de reluciente calva y blanquísima y abundante barba.

Levantando la cabeza después de algunos instantes de meditación, acercose el licenciado a una puertecita que comunica al salón, y llamando discretamente, preguntó:

—Consuelito, ¿puedo entrar?

—Sí, papá —contestó una voz infantil.

Cerca del balcón, entreabierto, y reclinada sobre cojines, Consuelito intentaba leer sentada en una mecedora.

A la incierta luz de la tarde, que se moría, sólo se miraba su busto, envuelto en blanco peinador; una piel riquísima cubría el tronco inferior paralizado, y junto a la mecedora, una mujer morena, enlutada y de miradas profundas, fingía tejer, levantando a cada instante la cabeza como para espiar los deseos de la enferma.

Cuando el licenciado entró en la alcoba, Consuelito levantó sus ojos del libro que creía leer, y de sus pupilas claras brotaron dos gotas que mojaron sus rizadas pestañas.

—¿Por qué no habías venido, papacito? ¿No sabes que si Juana o tú no están conmigo, nadie quiere venir a contagiarse con mi parálisis y mi tristeza?

—¿Es decir que intentas regañarme, briboncita? —murmuró el anciano, enmascarando su angustia con una sonrisa.

—Por supuesto —dijo Consuelito en tono de aflictivo reproche—, Lola con los preparativos de su boda, se acuerda poco de su hermana; ¿verdad que tú mismo me has dicho que los que aman se ocupan poco de los enfermos?

”¿Y Lucía? Estará arreglando su vestido para el próximo baile de la “Chihuahuense” y se olvidó ya de pasar a la recámara de la tullida.

”¿Verdad, papacito, que los que son felices se acuerdan poco de los que no lo son?

”Pero tú, ¿por qué no viniste en la mañana?

”¡Acaso te vas a casar, pícaro!”

Y Consuelito acariciaba irreverentemente la barba de su padre.

—¿O estás preparando tu frac para el baile? ¡Pero ya me vengaré, bribón! ¡Ya me pedirás que pase en limpio tus discursos, y entonces te diré que no tengo tiempo, porque tú no lo has tenido para venir a visitar a tu tullida!...

—Pero hijita, si sólo tú hablas, no nos entendemos —dijo el licenciado con afectada impaciencia.

—Cuidado con enojos, papacito, porque no copio el discurso.

—Juana —dijo el licenciado a la morena que tejía—, di a las niñas que se preparen para salir.

Y la enlutada salió de la alcoba, no sin mirar con cierta desconfianza al anciano.

—¿Sabes qué dice el doctor?

—¿Qué dice, papá? —preguntó Consuelito, ofreciendo su frente a los labios del anciano.

—Pues dice que para aliviarse es preciso vivir en la costa.

—¿Deveritas? Por supuesto que tú me acompañarás y vas a abandonar la política, las defensas de tus reos y todo lo que no sea tu hija Consuelo.

—Pero, hija, ¿no sabes que tu salud exige por lo menos un año de residencia en algún puerto y cada reo que condenen porque yo no lo defienda es un remordimiento, un cargo de conciencia? ¿Quizás ignoras el deber que me he impuesto? ¿Y no sabes también que tus hermanas han rehusado siempre salir de la capital?

—Está bien, papá —contestó Consuelito resignada—, entonces iré a morir abandonada y sola adonde tú lo dispongas.

—Por Dios, Consuelo, ¿dejarás de atormentarme?

—Perdón, papacito —exclamó la niña mojando la mano del anciano con el llanto que brotaba de sus claras pupilas—, pero si tú no me acompañas, ¿quién me acompañará?

—Irás a Veracruz y te recomendaré con la familia de un amigo mío.

—¡No! —replicó enérgicamente la tullida—, antes que vivir enferma entre extraños, prefiero morir aquí.

—Pero, hija; es imposible que todo salga a la medida de tus deseos. ¿Quién quieres que te acompañe?

—¡Yo! —dijo entrando la morena enlutada—. Yo, si el señor licenciado lo permite.

—Sí, papá, que me acompañe Juana; y como no quiero ni puedo visitar a nadie, prefiero que me instales en algún pueblo cercano a un puerto y en donde pueda yo vivir salvaje y sola, entregada a mis lecturas, a mis tejidos y mi piano. ¿Me mandarás mi piano?... ¿Deveritas? Solamente que le mandas quitar los pedales —dijo sonriendo la tullida y mirando sus pies inertes—, al fin ya no podré usarlos nunca.

Y Consuelito, echando su cabeza hacia atrás, dejó mirar las venas azuladas que serpenteaban por su cuello virginal.

—Entonces queda convenido, te vas con Juana.

—Con Juana y a un lugar donde no haya sociedad, bailes ni tertulias.

## II

El nacimiento de María del Consuelo había causado la muerte a la esposa del licenciado; y Juana, al perder a su hijo, no sólo daba a la huérfana la leche de sus senos, sino el amor grande que hubiera consagrado al muerto. Durante quince años, la morena enlutada veló junto a aquella cabecita rubia; durante quince años, había besado noche a noche aquella frente de virgen y mirado cerrarse los párpados que cubrían las claras pupilas de su hija de leche.

Hacía ocho días que Consuelito se veía atacada de parálisis, y ocho días que Juana no descansaba de llorar a solas y de servir casi de rodillas a la enfermita.

Lola y Lucía lloraron mucho también, gimieron y gritaron el primer día; pero cuando el doctor anunció al licenciado que sólo en la costa se curaría su hija, Lola pensaba ya en el color de tapiz para su cámara nupcial, y Lucía titubeaba sobre la tela que debería escoger para el vestido que llevaría al próximo baile de la “Chihuahuense”.

Para el licenciado, aquél había sido el golpe supremo, la última gota de acíbar que viniera a colmar el cáliz ya desbordante de sus amarguras. ¿No bastaba haber perdido gran parte de su fortuna en empresas políticas? ¿No era suficiente mirarse nulificado y olvidado

desde el triunfo de Tuxtepec?<sup>1</sup> ¿No bastaba mirar desvanecidos todos sus ideales de repúblico soñador, de utopista, de amigo del pueblo y del sufragio universal? No sólo en su vida de político miraba el desencanto, también a su hogar, en la intimidad de sus sentimientos paternales, venían a hospedarse el dolor y la amargura.

Desde la muerte de su esposa querida, sólo las defensas de sus reos y el amor a sus hijas, habían dulcificado sus años; pero con especialidad el amor a María del Consuelo, porque a Lola y a Lucía les dejaban poco tiempo las amigas, las visitas y los bailes para ocuparse del anciano. Además, Lola estaba en vísperas de casarse y el licenciado no se quejaba; pero miraba tristemente la ingratitud inconsciente de los hijos enamorados... Y para colmo, la parálisis de Consuelito, del benjamín de ojos claros y cabellos rubios. ¡Oh!, era demasiado, sí, demasiado dolor para su corazón de padre.

Sólo Consuelito sabía disipar con sus caricias los nubarrones negros del hastío y del desencanto cuando se acumulaban en la frente de aquel soñador caído, olvidado y escarnecido por todos los de su partido.

Sólo la absolución de un condenado, a quien él salvaba con el magnífico don de su palabra, y los besos de su benjamín, desvanecían los postreros huracanes que se agitaban bajo su arrugada frente.

Lolita y Lucía le preguntaban:

—¿Estás de mal humor, papá?

---

<sup>1</sup> Cuando el presidente Sebastián Lerdo de Tejada anunció su reelección, el general Porfirio Díaz se alzó en armas en enero de 1876. La llamada “Revolución de Tuxtepec” prometió respetar la Constitución del 57 y garantizar la autonomía municipal. El lema: “Que ningún mexicano se perpetúe en el poder y ésta será la última revolución” fue, curiosamente, el que 35 años después Francisco I. Madero propuso para que Díaz se fuera del poder.

Pero María del Consuelo le tomaba del brazo para llevarle a su despacho y leerle *El Foro*<sup>2</sup> o tocar el piano, y después, ahuyentar con el contacto de sus labios y sus cabellos, las aves negras del hastío, de la tristeza y del desencanto. Y ahora iba a ser preciso separarse de aquel benjamín querido, de aquella María del Consuelo, consuelo único de sus años postreros... Quizá cuando Consuelito volviera curada de su parálisis, ya el anciano dormiría en el camposanto; quizá la niña de madejas rubias sucumbiría; ¿y entonces? ¡Oh! no, ni pensarlo siquiera. ¿Por qué había de morir?

### III

Un tibio amanecer de abril, el licenciado volvía de la estación, triste y con las manos cruzadas por detrás. Lolita y Lucía no pudieron acompañar al tren a María del Consuelo: habían bailado la noche anterior y estaban muy fatigadas.

El licenciado caminaba a pie delante de su carruaje, que le seguía a corta distancia.

Hacía mucho tiempo que no miraba una mañana en las afueras de la ciudad, y aquella mañana eran tan hermosa, que en vez de volver a su hogar siguió por la calzada de San Cosme.

¡Cómo estar triste bajo un cielo tan azul!

---

<sup>2</sup> *El Foro*. Periódico de jurisprudencia y legislación. Se publicó de junio de 1873 a diciembre de 1898. En un inicio los redactores fueron: Jesús Urueta, José Peón del Valle y Emeterio de la Garza (hijo). El primer director y propietario fue Francisco Alfaro. En esta primera etapa era editado en Tipografía del Comercio de Nabor Chávez, ubicado en calle de Cordobanes, número 8. En 1898 su lema cambia a Diario de derecho, legislación y jurisprudencia. En este periodo el redactor y secretario fue Alfredo Mateos Cárdenas. Era editado en Grandes Talleres de Imprenta. Encuadernación, litografía y rayados La Europea, ubicada en Santa Isabel número 9. Se publicaba todos los días, excepto los domingos y días festivos.



¿Por qué pensar en la muerte, cuando la naturaleza toda respiraba vida, y aquella separación sería benéfica para Consuelito?

¿Qué le había de faltar junto a Juana, que la idolatraba? Además, ¿no iba recomendada a su padrino, que era el administrador de la aduana del puerto?

Y sin embargo, aquel malestar profundo era invencible, aquella tristeza era insoportable, aquel vacío inmenso era imposible llenarlo. La locomotora negra, humeante, cruel, acababa de arrancar con su quejido largo y agudísimo, el último jirón de su alma.

Y el licenciado miraba surgir todo su pasado, todos sus dolores y todos sus placeres.

Miraba desfilan su existencia con esa lucidez extraña con que se miran desfilan los recuerdos en horas de dolor supremo, y se preguntaba: “¿Cuándo sufrí más, entonces u hoy? Aquella mañana que el cura de San Cosme cantaba los responsos y las vigiliass frente al ataúd que encerraba el cadáver de mi esposa, ¿u hoy que el tren me arrebató a la hija más querida? ¿Cuándo sufrí más? ¿Aquella noche que vi huir a don Sebastián u hoy que miro huir a mi benjamín adorado?”.

Si la vida es una sucesión interminable de dolores, de miserias y de mentiras y de vanidades, ¿por qué vivimos, para qué vivimos y por qué nos apegamos tanto a ella? ¿Por qué temblamos al creernos cerca del abismo negro y desconocido de la muerte? ¿Por qué nos sobrecogemos de terror al pensar en ese instante terrible de la cesación de la existencia? ¿Por qué lo deseamos tanto, y al creer que llega, nos agarramos fuertemente al almohadón de nuestro lecho, como si creyéramos así adherirnos a la existencia?

Y tras el recuerdo de los dolores venía el de las horas blancas, el de los días de felicidad: se miraba joven, enamorado y soñador, oyendo misa allí mismo, en San Cosme, a algunos pasos de la madre de Consuelito. Se miraba arrodillado junto a ella, la veía, a la esposa, vestida de blanco, coronada de azahares, resplandeciente de felicidad y de

hermosura; pero ¿tan corta es una existencia de hombre? De aquel día habían pasado ya veintiséis años; el barrio estaba muy cambiado, es verdad; pero el cielo tan azul como aquel día, el sol tan esplendente y las flores tan bellas como aquella mañana de su matrimonio. Sólo él ya no era aclamado en la Cámara, sólo él ya no era el hombre político, rodeado de honores y de gloria.

Algunos amigos suyos le creían muerto, y otros le decían cuando le encontraban: “Licenciado, está usted muy envejecido...”.

Iba a subir a su carruaje para volver a la ciudad, cuando miró al doctor que salía de la casa de un agonizante.

—Licenciado —dijo el doctor abriendo los brazos.

—Doctor, acabo de dejar a Consuelito en el tren, dentro de tres días estará en la costa.

—Ya era necesario, licenciado. Consuelito no sólo está paralítica, sino tuberculosa, y es preciso que viva bajo el sol candente de nuestras playas.\*

#### IV

En menos de cuatro años Roberto miró entrar a su hogar la ruina y la muerte. La muerte que le dejó sin padres y la ruina que le dejó sin amistades y sin pan, sin bienestar, sin afecciones. Veinte meses después de la muerte del padre, su tutor se presentó a notificarle

---

\* No ignora el autor que la costa es fatal para los tuberculosos, pero ésta fue la prescripción textual del doctor que visitó a María del Consuelo.

que había perdido el pleito, y que los acreedores irían antes de ocho días a embargar los muebles y la última casa que quedaba. Le recomendó en la dirección de Telégrafos Federales y le dijo que:

“Siendo joven, trabajador y honrado, aún era tiempo de rehacer una fortuna, quizá mayor que la desquiciada que le legaron sus padres”.

Roberto, en diecinueve años que contaba, no se había ocupado nunca de vida práctica, y sintió muy dura aquella entrada a la lucha. Echó de menos sus caballos, sus libros, su piano, vio con tristeza que sus amigos ricos no le saludaban ya, que nadie le iba a visitar a su cuartucho miserable, y que Carolina, la niña rubia con quien tantas veces había oído misa, la ahijada de sus padres, iba a casarse.

Es cierto que él en su timidez nunca le declaró su amor; primero porque se creía muy joven y temía el ridículo de una declaración vulgar, y después, porque como todos los soñadores cándidos, se imaginaba que el verdadero amor no lo revelaban los labios sino las miradas; creía que cuando el sentimiento es mutuo, da a las almas esa facultad de leer el pensamiento y conocerse íntimamente; que, por fin, en su ruina, en su miseria, en su caída, Carolina sería como un ángel consolador, como su enfermera, como el jirón de cielo azul que no habían ocultado los nubarrones negros del dolor.

Pero aquello fue un sueño vano, Carolina también dejó de verlo. Cuando él iba a su casa ella estaba en el paseo. Por fin, se casaba, y como era una señorita razonable y cuerda, aceptaba el nombre respetable de un hombre de edad madura y de posición desahogada.

Roberto supo la noticia y creyó morir; pensó en el suicidio, empapó las almohadas de su lecho, pasó largas horas de insomnio; pero poco a poco Carolina fue volviéndose un recuerdo tristemente halagador para las horas de soledad.

Ya no la maldecía como en los primeros días de su matrimonio, porque al fin, ¿qué culpa tenía ella de no haberlo amado? ¿Acaso se dispone del sentimiento a voluntad? Y pensó en su amistad, el matrimonio no le impediría estimarlo como en otros años, y no sabiendo en dónde vivía nuevamente, deseaba un encuentro, un encuentro que le hiciera reanudar sus relaciones de amistad.

En pocos meses, Roberto supo manejar el manipulador y conocer el alfabeto de Morse. Trabajaba con constancia y recordaba a menudo las palabras del tutor.

—¿Por qué no he de volver a ser rico? —se decía con frecuencia...

Una tarde, al salir de la oficina, miró venir hacia él una rubia elegante y esbelta.

—¡Carolina! —se dijo... y todos los dolores pasados se avivaron.

Roberto palideció, tembló, y la elegante rubia pasó cerca de él, mirando distraídamente al cielo, y dejando tras de ella perfumado el aire que el pobre telegrafista respiraba trémulo.

Roberto quiso correr a detenerla y contarle todas sus tristezas y sus pesares; pero inclinó la cabeza, miró su pantalón raído, sus zapatos deslustrados y pensó: “Con razón no quiso saludarme...”

Desde aquel día, sólo tuvo una idea tenaz, un pensamiento único. Huir, partir, abandonar para siempre los parajes que le habían visto feliz y que ahora miraban sus miserias, borrar del mapa la ciudad donde había nacido y vivido hasta entonces, huir de la vista de todas las mujeres elegantes y rubias que le recordaban a Carolina, arrancar de su existencia todo el pasado de bienestar, y volver a nacer en algún rincón olvidado de la República.

En sus horas de mayor angustia, se preguntaba:

—¿Pero qué pensará Carolina de mí? ¿Me creará vicioso, prostituido? Se imaginará que he dilapidado mi fortuna.

Y en su tormentosa soledad ansiaba leer el pensamiento de la elegante rubia.

¡Pobre telegrafista! Si hubiera podido adivinar lo que pensaba la rubia, le habría sucedido como a esos coleccionadores de muebles curiosísimos, de secreteres y escritorios raros que pertenecieron a personajes notables; esos coleccionadores, no teniendo las llaves o no conociendo los secretos del mueblecito, se despedazan las uñas abriendo diminutos cajones y los encuentran todos vacíos, o si encuentran algo, es una cinta o una flor marchita.

## V

La nueva oficina telegráfica fue confiada a Roberto: ningún empleado había querido aceptar el cargo de ella.

—Tan lejos —decían—, y en un clima tan malo, y ni siquiera en el puerto, sino a dos millas de la población, en un pueblucho donde apenas hay cinco casas; pero Roberto, tú estás loco con aceptar ese empleo. Te vas a morir de vómito o de consunción —le dijeron sus compañeros.

Roberto aceptó y aceptó gustoso. La dirección le autorizaba a pagar un ayudante y un mozo. Amuebló su habitación lo más confortablemente posible para aquel clima, y cuando se miró en su oficina y en su casa a unos veinte pasos del mar, bendijo su ruina, sus pobreza, los desdenes de Carolina, y todo cuanto le hizo aceptar el cargo de aquel empleo.

Jamás había experimentado tanta tranquilidad de espíritu, tanta paz, tanto sosiego como allí, en aquel recodo del Golfo adonde no llega más rumor que el de las olas. Pasaba sus horas de descanso paseándose bajo las palmeras que rodeaban una casita blanca que veía el mar, casita perteneciente al administrador de la aduana del puerto, pero inhabitada desde hacía mucho tiempo a causa de la distancia enorme que la separaba de la población.

Y se sentía feliz, tranquilo, sin deseos, sin ambiciones, sin forjar sueños vanos.

Trabajaba, leía, se paseaba bajo las palmeras, y los domingos se embarcaba con Chema, el patrón del Cisne, blanco botecito que (cuando la brisa terral hinchaba su vela latina) corría sobre la superficie del mar, se deslizaba, se perdía en el infinito desierto del Golfo. Chema cogía la barra del timón y mascaba imperturbable su breva, mientras Roberto leía, echado sobre la proa.

Cuando se cansaba de leer, cerraba el libro y dejaba perder sus miradas en la soledad sin fin del mar murmurador.

Ni una vela... ni una embarcación; sólo las ondulaciones que la brisa forma con el movedizo elemento; sólo el murmullo eterno de la proa del Cisne, abriéndose paso entre las verdes aguas de aquella mar tranquila; ¿acaso alguna vez, antes que allí se había sentido más feliz el telegrafista? ¿Qué le faltaba? ¿El bullicio de la capital? ¿Carolina? ¡Ah! La elegante rubia no le hubiera sabido dar nunca los placeres tan tranquilamente inefables que le daba la salobre brisa al agitar sus cabellos. Quizá la mujer amada daría placeres más intensos, pero cuyas reacciones habrían sido muy dolorosas, muy amargas.

¿Qué le faltaba? Sus padres, los únicos seres que le habían amado; pero si los huesos de aquellos seres yacían en un cementerio de la capital, sus sombras acompañaban al telegrafista. Roberto lo sentía, lo adivinaba en sus horas de mortal tristeza.

Para los hijos nunca mueren los padres. Desaparecen durante las horas de libertinaje, durante los momentos de crápula. Su recuerdo muere cuando se enmascara el dolor con cinismo y con escandalosos desórdenes; pero ese recuerdo renace junto a los hijos queridos, en los instantes más aciagos de la existencia, renace durante los días negros en que se desea morir, les animan en las caídas dolorosas al emprender la lucha, velan cerca de ellos durante las noches espantosas de amarga soledad cuando se desea no despertar. Y entonces se les ve en sueños, se les mira idealizados, embellecidos, se les cree tangibles y formados con la materia radiante con que se forman los fantasmas, los aparecidos y las maravillosas apariciones de ultratumba.

Y, ¿en dónde sentirse más cerca de esos seres, sino en la soledad infinita de las amargas aguas?

Allí se utilizan los sentidos, el aire es más diáfano y los nervios vibran como si fueran de acero.

Allí la calma semeja existencia edénica y las agitaciones parecen revoluciones cósmicas. Allí donde todo es grande, monstruoso, sublime, incomprensible y misterioso, el telegrafista se sentía muy superior a Carolina y a sus amigos ricos, muy ajeno al esfuerzo miserable, por esta vida. Se imaginaba estar cerca de las sombras de sus padres, y se dormía, se aletargaba sobre la proa del Cisne, mientras el candente sol se sumía en el horizonte extremo y la brisa terral le agitaba los cabellos.

—¡Hum! —pensó el telegrafista moviendo la cabeza—, una mexicanita rica; ¿qué viene a hacer aquí?

Dobló el mensaje firmado por el licenciado y dirigido al administrador de la aduana del puerto:

“Va a curarse a ésa tu ahijada María del Consuelo. Desea vivir en la casita de las Palmas.”

—Se acabaron mis paseos vespertinos bajo las palmeras de la casita blanca — murmuró Roberto.

Una semana después el administrador de la aduana dejaba perfectamente instalada a María del Consuelo en la casa que veía al mar y hacía frente a la oficina de telégrafos.

Consuelito no había querido aceptar más compañía que la de Juana. Todas las mañanas Chema, el patrón del Cisne, hacía en el puerto las compras necesarias y no volvía a aparecer hasta el día siguiente.

Desde la tarde que llegó María del Consuelo, Roberto experimentó la curiosidad de conocer a la parálitica que venía de la tierra donde él había nacido, donde había amado, donde vivía Carolina.

Buscó un escondite desde donde pudiera mirarla en el piano sin ser visto por ella, y cuando el sol se ponía, Roberto se ocultaba tras de la última palmera.

—¿Pero qué es esto? —se dijo cuando pudo mirarla bien—. Rubia, de ojos claros, de pestañas rizadas, pero esta mujer es el dúplex de Carolina.

Y como la imaginación de los soñadores solitarios es una gran engañadora, la de Roberto encontró que Consuelito y Carolina, no solamente se parecían en el color de los cabellos y de los ojos, sino en el corte del rostro, en la manera de echar la cabeza hacia atrás, en el modo de sonreír. ¡Oh, cuánto hubiera deseado el telegrafista mirarla andar!

Pero no; sólo la veía sentada en la mecedora, leyendo junto a Juana, o sentada frente al piano.

Consuelito tocaba Chopin, su autor favorito; María del Consuelo tenía predilección por la música del inmortal polaco, esa música que parece formada con ecos de osarios o de



claustros abandonados y con suspiros de fantasmas. Y la paralítica, al tocarla sin pianos ni fortes, la hacía semejar a la prolongación de un gemido, a una melopea desgarradora y tristísima que despertaba sensaciones desconocidas y extrañas ideas en el pobre telegrafista.

Porque la música no es que evoque en nosotros el recuerdo de una fisonomía querida, de un paraje o de un acontecimiento, sino que tiene la facultad exquisita de sumergir el alma en un estado especial de suprema alegría o de melancolía extrema, infinita, inexplicable.

La música tiene sobre todas las artes, el privilegio de causar en el organismo un gran deseo de agitación, ese deseo indefinible en las mujeres jóvenes, el deseo de pasar noches enteras saltando como autómatas movidos por resortes misteriosos; saltando sin más motivo ni causa que el deseo de la acción... La música tiene el privilegio de hacernos vibrar de tal manera, de postrarnos en tal desfallecimiento invencible, producido quizá por el abuso de sentir, que nos acerca a los éxtasis de Teresa de Jesús...<sup>3</sup> al nirvana de los faquires indios, al anonadamiento completo de la voluntad...

Y Roberto se alejaba de allí, vibrante, desfalleciente, fatigado de sentir, después de escuchar los sonidos que iban a perderse en el rumor constante de la mar que gemía sobre la blanca arena de la playa.

—¿Pero qué? —se preguntó Roberto después de los primeros quince días—, ¿amo a las dos? ¿Amaré a la paralítica? ¿Amaré todavía a Carolina?

---

<sup>3</sup> La obra de la española Santa Teresa de Jesús (1515-1582) rebosa de un misticismo ardiente, como asegura Guillermo Serés. En este caso, Leduc se refiere a *El Castillo interior o Las Moradas* (1577) que es una alegoría de los grados de la vida espiritual: desde la vida ascética hasta la vida mística. Véase el texto en <<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/p266/78034066540103808821457/index.htm>>.

Y la tarde de un domingo, echado sobre la proa del Cisne y perdido en la mar inmensa, intentó mirar el fondo de su alma, palpar su interior, mirar como con el microscopio del análisis las agitaciones actuales de la psiquis incomprensible.

¿Por qué al conocer a María del Consuelo había renacido el recuerdo de Carolina? ¿Y por qué al recuerdo de la rubia desdeñosa amaba a la paralítica? El sentimiento por Carolina había pasado por muchas fases: en los primeros días de despecho, creyó odiarla; en la época de su llegada al puerto, la olvidó poseído por las innumerables sensaciones que le daba su nueva existencia; cuando se acostumbró a su tranquilidad, el recuerdo de la rubia le servía como de benéfico narcótico para las insomnes noches; y en las rebeliones de su amor propio y su vanidad herida, le acontecía perdonarla; pero esas rebeliones eran muy cortas. ¿Perdonarla? ¿De qué? ¿Por qué? ¿Qué culpa pesaba sobre la rubia desdeñosa? ¿No haberle amado? Vamos, le decía interiormente el prematuro escéptico que se agitaba en él, no seas necio; ¿quieres que te ame? Sé rico, sé atrevido, elegante; no tímido irresoluto, ni desheredado como eres...

Y le tocaba su turno a la tullida.

—Por lo menos a Consuelito sólo yo la amo —se decía—; el aislamiento en que vive, su enfermedad y el celo de Juana no permitirán que nadie venga a amarla; pero nunca seré tan ridículo para exponerme a que sospeche mi amor. Sólo yo la amaré y me basta.

Y Roberto recordaba a un poeta:

El amor no es pedir, sino dar.

Pero con frecuencia también, temblaba al solo pensamiento de que la paralítica se curara y partiera.

## VI

A fines del primer mes, el piano enmudeció. Consuelito tosía mucho, sentíase abatida, tristísima, aislada. No pasaban tres días sin que Chema no trajese o llevase mensajes de la casita blanca a la oficina telegráfica.

—Pobrecita niña —dijo un día el patrón del Cisne a Roberto—, dice doña Juana que está tísica.

Y desde aquel momento, el telegrafista amó más a la tullida. ¿Por qué?, quizá porque miraba lo irreparable interponerse entre los dos.

María del Consuelo ya no tocaba el piano, pasaba las tardes monótonas y largas sentada en su mecedora, mirando al mar, siguiendo con los ojos algún vapor de los que hacían escala en el puerto. Se imaginaba partir, estar abordo, alejarse de aquella playa abandonada y transportarse al despacho de su padre, oírle hablar, acariciar su barba y sentir en la frente sus paternos besos.

Otras veces, durante las tardes grises, cuando no había ningún trasatlántico en la rada, sino solamente uno que otro bergantín con sus lonas húmedas desplegadas, Consuelito unía reminiscencias geográficas a sus imaginaciones de soñadora, sus pensamientos volaban, atravesaban rápidamente el canal de Bahama<sup>4</sup> e internándose en pleno Atlántico, se perdían en las glaciales latitudes del norte, se detenían en la región de

---

<sup>4</sup> Véase el canal de Bahama en un mapa de 1768 en *Old Florida Maps, University of Miami Libraries*: [http://scholar.library.miami.edu/floridamaps/view\\_image.php?image\\_name=dlp00020000620001001&group=english](http://scholar.library.miami.edu/floridamaps/view_image.php?image_name=dlp00020000620001001&group=english).

las auroras y de los icebergs. Se creía haber vivido otras existencias y habitado allí, haber flotado durante épocas interminables sobre la desolación infinita de las heladas llanuras boreales, y Roberto, que la miraba abstraída en su letargo, se preguntaba si Consuelito pensaría en algún ausente, en algún amor dejado en la capital; sentía celos de un desconocido, de un rival forjado por él y que sólo existía en su mente, porque en cuanto a amores, la tullida sólo conocía el de su padre, grande, verdadero, desinteresado y único, que si no le daba las agitaciones extrañas y peligrosas de una pasión, le causaba sí el descanso, el sosiego, el reposo de un alma que se mira en otra. Y la niña, perdida en sus contemplaciones y aletargada con los recuerdos de su hogar, no se apercibía del sentimiento de Roberto. Juana sí, la enlutada de miradas profundas, con la lucidez que dan la experiencia y los años, había sabido sorprender al telegrafista tras de la palmera, in fraganti delito de adoración. Pero al verle estremecer, al mirarle alejarse tímido y confuso, no tembló por la tullida, creyó que Roberto podía ser una distracción para la tristeza de su hija de leche, un medio para arrancarla de su sopor y de su melancolía profunda.

Una mañana pretextó una comisión delicada al puerto y un mensaje al licenciado, y como Chema no venía, ella misma fue a la oficina telegráfica.

—No tardes, Juana, que estoy sola —dijo la tullida.

Y Juana salió.

—Señor —dijo la enlutada al telegrafista—, la niña está hoy muy mala y no quiero alejarme hasta la población. Si usted me hiciera favor de encargarse de esto...

—Con mucho gusto —contestó Roberto, gozoso al encontrar así la manera de servir en algo a Consuelito.

En la tarde cumplió su encargo y satisfecho y alegre se presentó en la casita de las Palmas.

—Es usted tan amable —murmuró la tullida.

Y como Roberto la viera leer, le prometió libros.

Desde aquella hora, entre Juana y el telegrafista se formó una alianza muda para velar a Consuelito, para ahuyentar las tristezas, para ofrecerle sus corazones y su afecto.

Juana leía, Consuelito contemplaba el mar y Roberto pasaba largas horas, monótonas, amargas, tristes, adorando en silencio aquella virgen de pestañas rizadas, que se hundía en el sepulcro lentamente... tranquilamente... como se hundía el sol allá... en el ocaso extremo.

## VII

La niña perdió el apetito y se impacientaba contra Juana, siempre que la enlutada insistía en hacerla comer. La pobre ex nodriza imploraba la ayuda del telegrafista y ambos suplicaban con voz acariciadora, con promesas, con ruegos; pero la tullida se encogía de hombros, cerraba los ojos y decía:

—¡Juana, por Dios, déjame en paz, tú no te has de morir por mí! —Dejaba caer su cabeza y no respondía a los ruegos de los que la amaban. Fingía dormir, Roberto callaba y la enlutada lloraba en silencio... Luego, un acceso de tos sofocante despedazaba el pecho de Consuelito y cuando desgarrada, asfixiada casi, recobraba su hablar, forzaba sus labios a sonreír y con voz entrecortada y tenue decía al ver llorar a la enlutada y taciturno al telegrafista:

—Juanita, no llores: ¿qué, te enojaste conmigo?... ¿Deve...ritas? Mira...me de frente; pero, ¡ay! Juana... me debes obedecer y no contra...rarme; porque ya soy más vieja que tú... no ves que toso mucho y que... escupo como los viejos.

Y tomando entre sus manos aristocráticas y blanquísimas la mano de su nodriza, fijaba en los ojos de la enlutada los suyos, hundidos, brillantes, orlados con ojeras violadas, sombreados con largas y rizadas pestañas.

Roberto veía aterrado acercarse el momento de la extinción de la vida, sentía cerca de sí el soplo glacial de lo desconocido, helando aquella flor de mujer.

Al oscurecer, el telegrafista se despedía y vagaba durante mucho tiempo a lo largo de la playa arenosa que lamían las olas con su incesante y monótono rumor.

Otras tardes en que la fiebre consumía a la enfermita, ésta parecía indiferente a todo. De cuando en cuando abría los ojos, cruzaba sus brazos sobre el pecho, o los dejaba caer pesadamente, y por largas horas sólo se escuchaba su respirar fatigoso y la constante sofocación que le subía del pecho. Si hablaba era para decir débilmente: “Juana, tengo sed, dame agua; pero fría... muy fría”.

Bebía un poco y el acceso de tos le destrozaba el pecho.

A las tardes de fiebre intensa se sucedían algunas veces reacciones incomprensibles. Sonreía, llamaba a Juana y al telegrafista y les decía:

—Cuando yo me alivie, vamos a dar los tres un paseo en el mar. ¿Verdad, Roberto? Que Chema nos alquile el Cisne y vamos hasta los Alacranes.<sup>5</sup> ¿Está muy lejos? Chema me ha dicho que son unos islotes muy bellos... Sabes, Juana, es preciso mandarle un mensaje a

---

<sup>5</sup> En el norte del estado de Yucatán se ubica la playa llamada Progreso; en esa dirección se encuentra también un conjunto de islas llamado arrecife Alacranes.

papá, diciéndole que venga a pasar algunos días con nosotros para que conozca a mi nuevo hermano... ¿Verdad, Roberto? ¿Verdad que usted es mi hermano el enfermero?

Y pedía flores y sonreía, y quería que la condujeran al piano para alegrar a sus enfermeros.

—Parece que ustedes son los enfermos —repetía—, yo estoy contenta y ustedes tristes.

Y siempre que Roberto salía de la casita blanca, miraba las palmeras, miraba el cielo, miraba el mar, y por todas partes encontraba la imagen de Consuelito acompañada con la sombra de Carolina.

“¡Qué almas tan distintas! —se decía—, ¡qué bondad de la una!, ¡qué altivez de la otra! Pero si Consuelito me mirase en México, ¿me trataría así?, ¿no son la desgracia y el abandono quienes traen consigo esa bondad inefable? Si Carolina se encontrase aquí, abandonada y enferma, quizá también sería bondadosa y amable.”

Ante la duda naciente, ante la desconfianza prematura, ante el escepticismo que comenzaba a invadir su ser, el pobre telegrafista sentíase cansado de vivir, fatigado de luchar estúpidamente; entristecido por haberse apegado al amor, para encontrar por todas partes el vacío, la nada, la miseria eterna de nuestras vanidades sentimentales...

Y en tanto que Roberto volvía triste y desalentado a su cuarto, la mar inmensa gemía monótona y constante... y Consuelito soñaba con las caricias de su padre, o con las infinitas regiones heladas de los mares polares...

En los primeros días de octubre la tristeza y el abandono de aquellos tres seres llegaron al extremo límite soportable. Al rincón de la playa desierta que habitaban parecía no llegar ni siquiera el eco de la población lejana.

Roberto trabajaba muy poco y pasaba la tarde entera cerca de la mecedora donde la tuberculosa agonizante dormitaba.

Juana oraba o componía los cojines sobre los cuales descansaban las espaldas de la niña, o se pasaba largas horas insistiendo en hacerla comer, en vestirla bien y en acariciar las rubias madejas de la enfermita.

El cielo se entoldaba casi todas las tardes, y la mar infinita, tristísima, inmensa, se rizaba al contacto de la lluvia menuda y constante.

En la playa, las aguas lamían la arena, y gemían, gemían incansables, monótonas, eternas... Y los ojos de Consuelito se hundían cada día más en las tinieblas de sus ojeras violadas, sus labios palidecían y las uñas de sus dedos se achataban.

Como Roberto elogiara constantemente sus manos blanquísimas y aristocráticas, ella veía con tristeza sus uñas rosadas achatarse y emblanquecer.

—Roberto, ya mis manos no parecen de reina, sino de cadáver, ¿verdad?...

—De cadáver de reina, Consuelito —contestaba el telegrafista tristemente.

Y se pasaban largas horas, sin que ninguno de los tres hablase, sin que se escuchara más rumor que la sofocación de la tuberculosa, el cuchicheo de la lluvia que caía y el de las olas que lamían la arena.

Crepúsculos cenicientos, sin puesta de sol, sin celajes dorados, sin nubes blancas que mancharan el cielo azul.



Agonía lenta y tormentosa de la luz que parecía juntarse a la tormentosa y lenta agonía de la enfermita.

Y diariamente se sucedían los mensajes de Juana al licenciado, pidiendo órdenes, y las contestaciones firmadas por el anciano padre y el doctor:

“No cambiar absolutamente de residencia. Evitar toda transición de temperatura.”

A la agonía de la virgen tísica, uníase la agonía del deseo de amar en el corazón del telegrafista. ¿Para qué amar? ¿Para sufrir desdenes? ¿Para mirar morir a los que se aman? Y contra todos sus deseos adormecía aquel instinto, ahogaba el sentimiento naciente, al pensar sólo en el temor de verse despreciado o en el de la pérdida de su paz, de su reposo, de su tranquilidad de espíritu.

Las noches entraban lluviosas, negras, sombrías. Roberto murmuraba:

“Hasta mañana, Consuelito; buenas noches, Juanita...”

Y salía de la casita blanca a confundir su desolación moral, con la infinita y profunda desolación de la noche, en aquella playa abandonada.

## IX

¡Síntoma extraño y cruel del terrible mal!

A las semanas de mayor desaliento y profundo tedio, se siguieron días durante los cuales Consuelito se creyó renacer. Se apegaba a la existencia con un esfuerzo último, y ni quería ni creía morir. Formaba proyectos de paseos con el licenciado cuando éste viniera a verla, y decía al telegrafista:

—Me siento mejor, Roberto. ¡Ah! Mucho mejor que la semana pasada.

Se sentía mejor y no tenía ya fuerzas para levantar la cabeza; se sentía mejor, y su tez había tomado ya la transparencia de la cera y sus ojos relucían con brillo lúgubre desde el fondo de la noche negra de sus ojeras.

¡Se sentía mejor! ¡Oh, sí! ¡En verdad que se sentía mejor cerca del mundo del reposo y de la paz eterna!

Y Roberto, al considerar aquella faz transparente con su aureola de cabellos rubios despeinados, y aquel seno que se agitaba sin cesar, se decía:

“¡Pensar que faltan muy pocas semanas para que los asquerosos gusanos de las tumbas se alberguen en ese seno y en esos ojos...”

La enfermita había tenido sed toda la tarde; el telegrafista no encontraba ya de que hablar; Juana tejía convulsivamente, y sólo el mar gemía, gemía con su extraño gemido de las horas de agitación.

En el extenso cielo gris no se percibía ni un punto azul; las gaviotas tardías que piaban por la popa de los trasatlánticos fondeados en la rada, se dejaban mecer por las agitadas aguas; y el viento norte comenzaba a soplar y a hacer gemir los cordajes, las palmeras y cuanto acariciaba con su sopro destructor.

—¡El norte! —había dicho Roberto a Juana, en voz baja.

—Esta noche se nos va a agravar...

Y la enfermita se estremecía al escuchar los estremecimientos de las puertas.

—Juana —decía—, ven... tengo miedo... Roberto... no se vaya usted.

Roberto y Juana se miraban aterrados y veían angustiados la transparente faz de Consuelito.

—Jua...na, tengo sed; Juanita... tengo miedo, no me dejes. ¡Oye!, ¿por qué truenan las puertas?

Y la mar rugía furiosa bajo la presión formidable del viento desencadenado.

—Juana, Jua...nita, tengo miedo.

Parecía desplomarse el cielo, y la extensión infinita bramaba de un extremo a otro del inmenso Golfo.

—Juana... no me dejes, por Dios.

Y a dos millas de la casita blanca, en los trasatlánticos fondeados en la rada, se encendían los fuegos (por si las anclas faltasen) y nada más las luces de “situación” y algunos fulgores inciertos y rojizos, alumbraban aquella inmensidad negra y sombría.

—Jua...na, Jua...ni...ta, ven... Tengo... miedo.

Una ráfaga abrió la ventana de la alcoba con un estruendo formidable.

—¡Jua...nita...!

Y el estruendoso eco del viento norte, arrebató el suspiro postrero a María del Consuelo.

## X

Cerca del lecho en que yace su cadáver, chisporrotean dos cirios. Juana sofoca sus sollozos en un ángulo de la alcoba, y Roberto, aterrado, no aparta su mirada de la transparente faz de la virgen muerta.

Cada hora los dos vivos se arrodillan a orar por el alma de la niña... y afuera la mar ruge, indiferente y sombría, bajo el contacto titánico del viento.

Consuelito ya no vive en la tierra y Roberto piensa:

“¡Quizá esta mujer me hubiera amado! ¡Quizá se lleva mi felicidad al sepulcro!  
¿Pero para qué pensar en una felicidad tan frágil?”

La muerte está allí; la muerte estúpida, cruel, tronchando existencias sin mirar edades ni categorías. La muerte siempre temida, y tantas veces deseada.

La muerte asquerosa, horrible, y sin embargo... la consoladora única de todos los pesares, la libertadora eterna de todos los dolores...

La muerte estaba allí cerca del telegrafista, mirándole con su gesto nauseabundo, manchando ya con asquerosas placas violáceas el rostro transparente de la niña... y cuando Juana fatigada de orar y de llorar se durmió profundamente, Roberto clamó desde el fondo de su alma, recordando los primeros años de su existencia...

—¡Padre! ¡Padre que estás en los cielos... consuélame!

Y la mar rugía frenética, furiosa, formidable, salpicando en su rabia destructora hasta las palmeras que rodeaban la casita blanca.

Roberto tomó entre sus manos, las blanquísimas manos del cadáver y lloró largamente, lloró hasta que no tuvo llanto; porque el alma en sus horas de supremo dolor, llora con igual amargura sus muertos y sus ilusiones. El telegrafista se abandonó por completo a la voluptuosidad del llanto, muy peligrosa en verdad, porque como todas las voluptuosidades, trae consigo el cansancio de la existencia, la fatigosa sed del no vivir, el inquietador deseo del no ser.

## XI

En el comedor de la casa del licenciado, cerca de la lámpara de bronce que alumbra a Lolita y a Lucía, está el mensaje en donde Juana anuncia el prematuro fin de Consuelito.

—Siempre no me casaré este mes —murmuró Lola.

—Ni podremos ir al próximo baile de la “Chihuahuense” —contestó Lucía...

Pocos meses después de la muerte de Consuelito, Roberto volvió a la capital, intentó volver a amar y volvió a amar.

Algunas veces, después de los delirios y los éxtasis frente a la mujer amada, le venía como en oleadas, el recuerdo de la muerta, el recuerdo de la promesa quimérica hecha al cadáver. “¿Para qué amar?...” Le parecía como que la muerta, agusanada ya, le miraba desde el ataúd, sonreía irónicamente. Se miraba el alma y se espantaba ante la fragilidad de los afectos humanos.

—Nada duradero —se decía desesperadamente—, nada seguro, nada cierto, nada eterno... ¿Nada eterno? ¡Sí, eterno el dolor, eterna la lucha por el pan, eterna la esperanza de algo mejor, hasta llegar al agujero negro, oscuro, final, en donde se pudre nuestra envoltura de materia!

Y el telegrafista le pedía a la mujer querida que calmara con caricias y con besos la inquietud de su espíritu angustiado que constantemente le atormentaba con preguntas turbadoras:

—¿Por qué olvidamos tan pronto? —se decía.

¡Cándido telegrafista! ¡Pobre telegrafista! Ignoraba quizá que para conservar más tiempo a la humana especie, puso Dios en el corazón de todos los seres el rápido olvido por los que se van.